



El guerrero Er y los ángeles indecisos

Antonio Aramayona

Érase una vez un guerrero, Er, que, a punto de ser quemado un amanecer sobre una pira a los doce días de su muerte en una batalla, aún ofrecía a la vista de sus conciudadanos algo portentoso: no mostraba signo alguno de descomposición. Tanto era así, que de repente se levantó y se puso a contar a los ciudadanos presentes sus extrañas experiencias en el mundo del más allá.

Con este relato, conocido como ‘el mito de Er’ (de influencia órfica, gnóstica, pitagórica y zoroástrica), decide concluir el pensador Platón su importante Diálogo *La República*.

El alma de Er, una vez abandonado el cuerpo, había visto qué les ocurría a los demás muertos. Los justos se adentraban por una abertura celeste donde disfrutaban de los premios merecidos, mientras los injustos se iban hundiendo en un orificio terrestre, donde sufrían grandes y prolongados castigos. A su vez, por otro orificio terráqueo contiguo salían los injustos, una vez ya purgados sus delitos y errores, al igual que otros justos salían de otro orificio celeste, tras haber disfrutado largo y tendido de los bienes y premios celestiales.

Después, unos y otros, sobre una pradera y ante la mirada de la diosa Destino, iban contándose lo bien o lo mal que lo habían pasado, y quedaban a la espera de tener que escoger otra vida mortal para el futuro según los méritos y el rango alcanzados por cada uno en la vida anterior (la transmigración de las almas emerge con profusión a lo largo de

■ ■ Ulises está acostumbrado a vivir aventuras extraordinarias, pero precisamente desde esa experiencia, al escoger otra vida mortal, se decide por el hombre común y cotidiano y por eso elige no solo vivir bien, sino también morir igualmente bien

la obra platónica). El guerrero Er contempla que aquel espectáculo resultaba “lastimoso, ridículo y extraño, porque la mayor parte de las veces se hacía la elección según aquello a lo que se estaba habituado en la vida anterior”. Así, por múltiples y complejas razones, la gente congregada en la pradera va escogiendo vidas de hombres y animales, como, por ejemplo, cisne, ruiseñor, león, tirano, atleta, mujer laboriosa e incluso (el colmo del ridículo para Er) de mono.

Y súbitamente el guerrero Er ve al gran héroe legendario Odiseo (Ulises, en su versión latina), que también debe decidir en último lugar qué vida futura escoge. Ulises busca y busca entre las vidas esparcidas en la pradera hasta encontrar “la vida de un hombre común y corriente”, olvidada y desechada hasta el momento por todos los demás. Al verla, Ulises confiesa que habría elegido esa vida de hombre común y corriente aunque hubiese sido el primero de la lista en poder elegir y “la escogió con gozo”.

Platón pretende concluir de este mito, entre otras cosas, que una vida justa siempre lleva consigo su propia recompensa, aunque a veces las apariencias parezcan mostrar otra cosa distinta, y también que cada persona tiene la posibilidad de escoger libremente el tipo de vida que decide llevar, que esa elección no debe hacerse a tontas y a locas, y que llevar una vida justa es el único camino para llegar a ser “felices” y “amigos de nosotros mismos y de los dioses”.

Ulises está acostumbrado a vivir aventuras extraordinarias y ha alcanzado la fama y la gloria, pero precisamente desde esa experiencia, a la hora de escoger otra vida mortal, se decide por el hombre común y cotidiano. El honor, la fama y el éxito son para él hojarasca, pues lo que le importa es apurar esa vida mortal desde la esencia misma de la humanidad que constituye a cada ser humano: Ulises prefiere vivir y morir sin componendas y aditamentos. El héroe se identifica con la gente anónima, que no llama la atención, poco o nada valorada por los demás. Ulises elige la vida justa, capaz de enriquecerlo interior y socialmente como humano. No desea gloria y dinero, o aparentar ser un bello animal o una persona de poder y de éxito, sino ejercitarse en la virtud que hace vigorosamente humano. Séneca lo dirá siglos después

con esplendorosa sencillez: llevar una vida buena y una buena vida. Vida consciente también de su final y libre en su mortalidad. Por eso Ulises elige no solo vivir bien, sino también morir igualmente bien.

E. Cioran cuenta en su obra *Desgarradura* que, según una leyenda de inspiración gnóstica, un día se libró en el cielo una lucha entre ángeles en la que los partidarios de Miguel vencieron a los partidarios del Dragón. Los ángeles que, indecisos, no tomaron partido y se conformaron con mirar fueron relegados a la Tierra con el fin de que llevaran a cabo la elección que no se habían atrevido a hacer allí arriba. Así nacimos los humanos, esos somos los humanos.

La historia es así producto de un titubeo y los humanos somos el fruto de una indecisión original a la hora de tomar partido. Desde entonces estamos destinados a decidir, sin recuerdo ya alguno de aquella batalla y de la postura pasiva de aquellos ángeles indecisos. Ahora seguimos siendo, según esa leyenda, unos seres desterrados para poder aprender a optar, para abandonar el papel de espectadores (en esencia, para ser libres). Sufrimos el castigo de tener que elegir, pues nuestros ancestros no hallaron en el Cielo ninguna razón para adherirse a una causa, para tomar la determinación de optar por una empresa.

No somos cosas inanimadas, sino unos seres que, aunque minúsculos e insignificantes dentro del cosmos, estamos siempre por hacer, de tal modo que cada día, cada instante, hemos de estar decidiendo qué hacer y qué no hacer, por dónde ir y no ir, por qué optar y no optar, qué ser y qué no ser. Somos seres perpetuamente inacabados hasta el último aliento de nuestra existencia y nuestra propia identidad está en nuestras manos, sin que nadie pueda suplantarnos en la tarea de qué hacer con nosotros mismos por y desde la libertad, a no ser a costa de la más alienante renuncia de la propia vida. Hay que decidir siempre, por mucho que a veces haya que hacerlo desde la incertidumbre, pues somos irrenunciablemente libres. Y no hay decisión más fundamental y sublime que decidir qué vida buena y digna queremos llevar, cómo queremos vivirla, qué final bueno y digno de la vida queremos tener, y cuándo y cómo queremos vivir ese final hasta su último aliento.